



Kenny, Anthony

What I believe,

Continuum, Londres-Nueva York, 2006.

La figura de Anthony Kenny ocupa un lugar destacado en la filosofía analítica y en la cultura anglosajona contemporánea. En su último trabajo, plantea con lenguaje sencillo pero agudo sus reflexiones y conclusiones sobre los temas centrales de la filosofía occidental. Si bien los argumentos que expone son claros en varios puntos, sus conclusiones no distan demasiado de prejuicios y lugares comunes. Es interesante señalar el paralelismo vital de quien es un referente del pensamiento analítico con Martin Heidegger, para muchos, el inspirador del pensamiento post metafísico. En efecto, entre las similitudes se puede reseñar que ambos tienen una formación filosófica en el ámbito eclesial -conocimiento del tomismo-; que ambos experimentan una tensión entre sus inquietudes filosóficas y las enseñanzas del dogma y, finalmente, que ambos toman distancia de esa tradición para introducirse en un camino pretendidamente más “personal”. Pero quizá lo más sugerente sea notar la expresa predilección e inspiración poética, (Hölderlin para el germano, Balliol en el caso de Kenny), como inquietud madura, unida a una desconfianza sobre el ejercicio de la razón en el conocimiento científico -en el sentido filosófico- de Dios.

El libro ofrece trece epígrafes que compendian las cuestiones centrales de la filosofía. En los dos primeros Kenny nos ofrece una biografía de sus ideas y de su vocación filosófica. En los tres siguientes sintetiza los fundamentos de su rechazo del ateísmo y del

teísmo. En el epígrafe siguiente *-Religion-* el autor expone en qué sentido el pensar acerca de la religión puede tener todavía algún valor dentro de su expresa “convicción” agnóstica. A partir de la consideración antropológica que aparece en el capítulo 7 *-Human Beings-*, el hilo de la argumentación se introduce en las cuestiones prácticas. El autor rechaza tanto el dualismo cartesiano -todavía un claro referente en el pensamiento anglosajón contemporáneo-, como el *behaviourismo*, es decir, la convicción de que todo proceso mental debe ser reductible a características de orden corpóreo, y hace una encendida defensa de los derechos de la persona humana, como previos a toda convención legal: *The thesis that we should first decide how the law should treat individuals and only then decide whether they are persons has disastrous effects in policy making. It is used to justify depriving human individuals of human rights. Mercifully we still do talk of 'human rights' -of rights of people have just because they are human. We do not talk of 'personal rights' in the sense of rights that people have because some legislator defines them as persons* (pp. 73-74). En el epígrafe siguiente *-The Nature of Morality-* se cuestiona el consecuencialismo y se afirma la vigencia de la existencia de actos intrínsecamente malos, así como la conveniencia profundizar en el principio del doble efecto como herramienta hermenéutica para comprender y evaluar correctamente los casos en los que la moralidad de la acción no resulta clara. En los capítulos siguientes, el autor aborda cuestiones vinculadas a la vida humana (eutanasia, aborto, sexualidad) y la sociedad (individuo, Estado y globalización, el problema de la guerra). En ambos casos sus opiniones y sus reflexiones tienen varios puntos ambiguos y ciertas aporías.

Un párrafo aparte merece el último apartado, relativamente más extenso, sobre la felicidad *-Happiness-*. El autor precisa que la vida lograda, o *well being*, no se reduce a la sola satisfacción personal. Con ello se opone al utilitarismo de Bentham. El autor introduce tres características que constituyen la vida buena: el gozo o el contento (*contentment*), el bienestar (*welfare*) y la dignidad (*dignity*).



Afirma que el primero no es tanto una sensación cuanto una actitud o estado mental; el segundo está integrado por las necesidades básicas. Sin duda, la última característica es la más compleja de definir. Básicamente, designa el nivel de implicación y decisión personal en las acciones y proyectos de vida. Es obvio que estos tres caracteres pueden variar y existir alguno sin los otros. Sin embargo, el propósito de esta división no es negar la felicidad allí donde no comparezca alguno de ellos, sino poner de manifiesto que la búsqueda de la felicidad es un objetivo complejo y no unidimensional. Por ello las unidades métricas unívocas resultan insuficientes para comprender este fenómeno.

Finalmente, el libro ofrece una sencilla nota bibliográfica en la que el autor ofrece mayor información respecto de dónde consultar sus análisis más rigurosos sobre los temas abordados en cada sección de esta obra.

Puede llamar un poco la atención la *singular* certeza con la que el autor se conduce al analizar los clásicos temas “límite” de la filosofía, (providencia y libertad, conocimiento y existencia de Dios, etc.). Sin embargo, se trata de una certeza que suele ir en dirección contraria a las enseñanzas de la tradición y que puede dejar al lector un tanto perplejo respecto a cuál es el contenido, al fin y al cabo, de aquello en lo que cree Anthony Kenny.

Mario Silar
(msilar@alumni.unav.es)

